1 – FUEGO MORADO

-Ahti-

La vio morir delante de sus ojos. No habían compartido más que un par de palabras, pero la conocía desde que era pequeña. Después de que el alcalde leyera la lista de motivos por los que se la acusaba de ser una bruja, se la ató al gran poste de la hoguera, y el verdugo acercó la antorcha a los troncos. La madera ardió rápidamente, y la chica empezó a gritar en cuanto el fuego escaló por sus piernas. Unos pocos segundos tardaron las llamas en cubrirla entera, y unos pocos más tardaron en arrebatarle su vida.

En cuanto los gritos cesaron, el hombre corpulento que estaba detrás de Ahti la empujó con tanta fuerza que hizo que perdiera el equilibrio. La agarró por la larga melena castaña antes de que cayera al suelo.

–Vamos –dijo el hombre–. Es hora de que brilles.

La volvió a empujar, pero esta vez dándole con la suela de su bota oscura en la espalda, justo en la zona donde aún tenía heridas de la tortura previa a la confesión. Ahti gimió de dolor.

<<Juro que cuando escape te arrancaré las putas piernas>>.

<<No vas a arrancarle las piernas a nadie porque no vas a salir>>.

<<Oh, vamos. Sólo unos minutos. Tengo derecho a divertirme un poco…>>

<<He dicho que no. No hay más que hablar>>.

A medida que avanzaba, los soldados a sus lados iban apartando a la gente para abrir un camino hacia la hoguera. La gente gritaba y la maldecía, pero Ahti no escuchaba. No le interesaba nada de lo que la estuvieran diciendo.

El alcalde leyó la lista, y acto seguido la ataron al poste. El gentío empezó a lanzar frutas y verduras podridas. Una piedra la alcanzó de lleno en el pómulo derecho, cortándola, pero no hizo ni la más mínima mueca de dolor. No iba a darles ese placer.

En cuanto el verdugo cogió la antorcha y la inundó en fuego, la voz en su cabeza empezó a hablar.

<<Vamos, Ahti, no seas como la estúpida que acaba de morir y déjame salir>>.

<<Ya te he dicho que no. ¿Qué coño es lo que no entiendes?>>.

<<¿Prefieres morir en la hoguera antes de que te ayude a escapar?>>.

<<Sabes perfectamente por qué…>>

<<Calla. Ahí viene>>.

El verdugo estaba delante de ella. Encendió los troncos con la antorcha y dio varios pasos hacia atrás, sin apartar la vista de las pupilas castañas de Ahti.

<<La muerte se acerca. ¿Qué tienes pensado hacer para ahuyentarla?>>.

Ahti no le dio respuesta a la voz.

<<No tienes un plan, ¿eh? Bueno, pues ya puedes empezar a rezarle a los Tres Grandes. Reza para que mueras por el humo, y no por las llamas>>.

Las llamas crecieron y el humo empezó a subir. Ahti tosió con fuerza mientras sentía el fuego en las plantas de los pies. El terror inundó su cuerpo por completo. Se dio por vencida.

<<Adelante. Haz lo que tengas que hacer>>.

<<Perfecto. Ah, y no te preocupes. Te devolveré tu cuerpo en cuanto termine>>.

Ahti cerró los ojos y hundió la barbilla en su pecho. Una parte de la multitud pensó que se había desmayado; la otra, que ya había muerto. En realidad, no era ni una cosa ni la otra. Tan sólo le había cedido su cuerpo a la voz en su cabeza.

Las llamas seguían subiendo, cada vez más rápido y con más intensidad. Cuando abrió los ojos, ya no era Ahti. Sus iris de color café claro y su pelo se habían tornado en un morado oscuro, y el fuego a su alrededor se volvió del mismo color.

La gente empezó a gritar, y algunos empezaron a correr por sus vidas. El fuego se extinguió, y la mujer de ojos morados se liberó de las ataduras con un solo movimiento de brazos. Fue entonces cuando todo el gentío trató de salir corriendo de la plaza de la ciudad, presa del pánico.

Los únicos que se quedaron para tratar de detenerla fueron los soldados de antes, el verdugo y el hombre corpulento. Todos ellos iban con arma en mano.

–Ésta es justo la diversión que quería.

El primero que atacó fue el verdugo. Cogió el puñal que tenía colgado del cinturón y trató de cortarle la garganta a la bruja con un veloz movimiento horizontal. Ella fue aún más rápida. Se agachó y, en apenas un segundo, le dio un fuerte puñetazo en la nuez. El verdugo cayó al suelo y murió asfixiado.

Los dos soldados atacaron a la vez con sus espadas. La bruja desapareció en un haz de luz morada y, cuando volvió a aparecer, le dio un golpe en la muñeca a un soldado para que soltara la espada. Antes de que cayera al suelo, la mujer la cogió por la empuñadura y le cortó la cabeza al soldado, para justo después atravesarle la garganta al otro. Cuando la bruja volvió la mirada hacia el hombre corpulento, éste quedó petrificado por el miedo.

–Ahora te toca a ti. Huye.

Él obedeció. Se dio la vuelta y corrió lo más rápido que pudo. <<Qué lástima. Si tuvieras poderes sería mucho más divertido, pero en fin…>>

La bruja apareció delante de él. El hombre corpulento se quedó paralizado. Cogió el machete de su cinturón y atacó. Le dio a la mujer en la muñeca derecha, provocando que su mano se quedara colgando de un hilo. La sangré salía a borbotones.

La mujer levantó el brazo y se miró la gran herida con curiosidad, como si no le estuviese doliendo en absoluto. Cerró la otra mano en torno a la muñeca destrozada y, cuando la volvió abrir, la herida había desaparecido completamente. El hombre corpulento palideció. Soltó el machete y se puso de rodillas.

–No me matéis, por favor –dijo entre sollozos–. Tened piedad…

– ¿Piedad? Tú fuiste el encargado de torturarme. Yo gritaba sin parar, y tú te ibas riendo cada vez más y más fuerte. ¿Por qué debería tener piedad contigo, rata miserable?

La bruja cogió el machete y le cortó la cabeza. El cuerpo del hombre cayó, y la sangre empezó a salir rápidamente, pintando el suelo de rojo.

<<Me habría encantado cumplir mi promesa, pero me tendré que conformar con esto, supongo>>.

<<¿Me devuelves mi cuerpo ya o no?>>.

<<Espera. Primero tendremos que irnos de aquí, ¿no?>>.

En un segundo, Aradia salió corriendo de ese pueblucho de mala muerte.